

CAPÍTULO 8.

TOMÁS MUNDETE ENCUENTRA EL SER, EL DEVENIR Y EL ALA DEL HECHO.



El rebautizado Tomás Mundete no tenía idea de la confusión que había dejado tras de sí. Descubierta y con los puños cerrados, corría a lo largo de la carretera. De vez en cuando abría la mano derecha y miraba reflexivo el objeto que allí estaba oculto. Era la piedrita con la que Albina lo había despertado bruscamente de su sueño. Había escogido su nuevo nombre todavía muy impresionado con el recuerdo de la conversación sobre el contagio interno y externo. Las dos palabras, Tomás Mundete, deberían continuar transformándolo, recordándole constantemente su elevado oficio, para el que se creía designado. De allí, se puede notar qué poco confiaba él mismo en su transmutación. Y entonces meditó en otro recurso, que activara su inseguro espíritu desde fuera.

Quería conseguirse un símbolo de su esencia, un emblema de aquello que llamaba el prodigio de las chinches. Este redondo guijarro, sobre el que cerraba y abría sus dedos, podía significar la tierra. Le gustó el pensamiento y se rio satisfecho.

Si eso era la tierra, entonces él no había corrido con su nariz contra ella. No, ella se había lanzado hacia él como propiedad y hasta había atinado, intencionalmente, en el lugar más sobresaliente de su cara. ¿Por qué no podría una piedra tener intenciones? ¿No podría habitar en ella vida consciente? La vanidad humana ha inventado la diferencia entre la vida y el estar muerto. Había un Dios, pensaba, y una piedra era tan buen instrumento para su voluntad como el entendimiento de un genio. Pero si había gentes pensantes, entonces no se podía comprender por qué no también piedras pensantes. Esta piedra pensaba, seguramente. Había escogido por sí misma el lugar sensible donde quería pegar, por cierto. Él, Tomás, tuvo que seguir a la nariz, esto es, despreocupado de la alabanza humana y la censura.

El dolor en la nariz se reinició, y con rapidez Mundete levantó la mano izquierda para friccionar el daño. Se detuvo a mitad del movimiento, pues ocurrió en él un cambio tan repentino que se quedó inmóvil. Algo afilado y picudo le había pasado por la cara; cuando abrió el puño izquierdo, vio allí dentro un sarmiento medio seco. Se le había quedado entre los dedos, al romperse la rejilla de la parra con su bajada; él lo había conservado todo el tiempo en su mano cerrada convulsivamente, sin darse cuenta.

Fue como si un rayo lo atravesara: ése es el símbolo, la vida, la antigua alegoría del crecimiento, de la transformación y la resurrección, del portador de la embriaguez sagrada, el instrumento de un dios conquistador del mundo. Él tenía que coronarse con las hojas de la cepa, trenzarlas alrededor de la cabeza como adorno exhortativo.

Triunfante levantó el brazo para colocar alrededor de la frente el sarmiento medio marchito y entonces se le ocurrió una palabra que le alteró el buen humor. Lástima, qué lástima que no hay un espejo por aquí, se dijo en voz baja. Luego, se rio bonachón de sí mismo, estiró los brazos y miró la piedra y las hojas. Un sentimiento de tristeza se intensificó en él, casi como el reconocimiento de su estado de locura. Pero espantó la verdad con un gran esfuerzo y, mientras seguía viendo la piedra y las hojas, aumentó artificialmente su dolor más y más, hasta que lo dominó una devoción enfermiza.

-¡Óyeme, señor, óyeme, cielo en el crepúsculo, tú que aguardas al sol! ¡Dame un signo y yo lo portaré para tu honor, para la gloria de la luz! Mira, en mis manos sostengo lo esencial de toda la humanidad, el ser y el devenir entre mis dedos, los extremos de todas las filosofías, de todos los tiempos. Tú lo sabes, cielo: lo

que ellas imaginaron, en el silencio de la media noche o cerca de la lámpara; no llegaron más allá del ser y el devenir. No se decidieron por ninguno de los dos tampoco. ¡Entonces, tú decide! No me dejes en la duda, si no, me pareceré demasiado al burro y al hatillo de heno. Tú que has amado a los héroes y les has mandado águilas a derecha e izquierda. Así, dame a mí también un signo, que solucione el enigma.

Dejó caer los brazos y continuó así: -Aquí está el ser –puso la piedra de Albina con cuidado en el suelo- y aquí el devenir –el sarmiento encontró su lugar al otro lado-. Ahora daré veinte pasos hacia atrás y regresaré con los ojos cerrados. Lo primero que vea cuando los abra, eso será sagrado para mí.

Se enderezó y miró alrededor. Desde la colina donde estaba, miró en la lejanía la tierra bajo el crepúsculo. Por poco olvidó su intención a causa del atrayente paisaje. Pero hizo con rapidez un esfuerzo supremo, señaló al cielo y gritó: -¡Pon cuidado, viejo dios de los gentiles, y pórtate bien! –Acto seguido dio sus veinte pasos lentamente, cerró los ojos y contando los pasos en voz alta regresó. A los veinte levantó la vista. En lugar del ser y el devenir, vio al fin del mundo el sol que se alzaba de la tierra. Extendió los brazos con un grito de felicidad, se arrodilló y regocijó por el astro ascendente.

-¿Tú eres, gran sol? Te me das tú mismo, a mí, tu hijo. ¿Eres tú la señal con la que venceré? ¡Gran sol, cómo te amo! Eres luz santa.

Cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza. Pero de repente se levantó sobresaltado. –Esto es escandaloso –vociferó-. Yo adoro al sol y él me muestra al mismo tiempo el ser y el devenir para que los apruebe. ¡Maldita piedra, maldito vino! ¿Cuál debo elegir?

Muy enojado recogió ambos símbolos; entonces vio una pluma tirada, medio enterrada en el polvo del camino, que alguna vieja corneja había dejado por allí. La observó con una mirada seria, la levantó cuidadosamente y asintiendo con la cabeza hacia el sol, dijo alegre: -Tú no desamparas a ninguna de tus criaturas, viejo trotamundos. Te ríes del ser y del devenir e iluminas el ala del hecho. Y tienes razón. ¡Fuera el ser! –se metió el guijarro en la bolsa derecha del pantalón-, ¡fuera el devenir! –el sarmiento desapareció en la izquierda-, adiós, filosofía de los griegos y de la India. El hecho lo es todo, el pensamiento nada. Eso ya lo sabían otros antes que tú, Tomás. ¡Pero gracias, sol, porque me lo enseñaste!

Levantó con alegría la pluma de la corneja hasta su ojo y miró a través del plumón el sol. –Tienes que llevarme hasta elevadas alturas. Te serviré con el impulso de las alas, luz eterna. ¡Qué bello eres, mundo, adorablemente bello! –La emoción lo subyugó, sintió el irresistible apremio de abrazar cualquier cosa y con una poderosa presión liberar su alma encogida. Se metió la pluma a la boca, a fin de tener las manos en libertad, extendió los brazos y en éxtasis se dirigió al árbol más cercano.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck